

«Suavizar la propia luz para asimilarse al polvo.»

Teishô, Sesión de verano Seikyují 2013

Raphaël Doko Triet

A mediados del mes de junio en la Gendronnière ha tenido lugar un Ango de diez días. Pronuncié allá un breve teishô sobre una frase que leí la primavera pasada y que me conmovió particularmente, me emocionó.

Me gustaría, en primer lugar, establecer un nexo con el sentido de la palabra *Ango* tal y como se empleó en China, donde se conocía con el nombre de *Jingô*. La palabra *Jingô* es la contracción del nombre de diferentes regiones de ese gran país. Hace referencia a un lugar que se encuentra al oeste del río Yangtsé y a la provincia del sur del Yunnan –lugar en el que se cultivan muy buenos tés; pero, también, a los tres Ríos Mayores y a los cinco Grandes Lagos. La contracción de todos esos lugares da *Jingô*, que significa: «Cualquier lugar bajo el cielo.» Cualquier lugar bajo el cielo es el espacio del Ango. Cualquier lugar bajo el cielo acoge a los buscadores de la Vía.

Así que, incluso si nuestro templo no es muy confortable, es un buen lugar para practicar, es el espacio del Ango.

La frase de la que voy a hablaros y que, como os decía, me ha conmovido, dice:

Suavizar la propia luz para asimilarse al polvo.

El origen de esta frase es muy interesante. Ya conocéis la palabra *waka* que es un tipo de poesía china muy particular. Cada verso tiene un número específico de pies. Por ejemplo, comienza por un verso de ocho pies, el verso siguiente de doce, luego de seis. La regla poética Waka es muy precisa y todo el mundo se ha de someter a ella. El *wa* de Waka tiene varios sentidos, entre ellos el de *armonía*, el punto más importante del campo de verano; también tiene el sentido de *suavizar*, allanar, hacer más fácil, más cómodo.

El *Sutra del Loto* se compuso en la India, por lo tanto en sánscrito. Kumarajiva lo tradujo por primera vez al chino en el año 406 de nuestra era. Esta traducción sigue siendo aún hoy de referencia, tanto por lo exacta como por sus cualidades poéticas. Se decía que la virtud de esta traducción era que suavizaba la luz del *Sutra del Loto* de tal forma que lo hacía comprensible para las nuevas tierras en las que se iba a transmitir.

Después, y para aclarar y clarificar el *Sutra del Loto* para la lengua japonesa, se compusieron cierto número de poemas con forma Waka.

Debéis comprender que traducir un texto del sánscrito al chino era una tarea considerable en aquella época. Las culturas relativas a ambas lenguas eran totalmente diferentes, no solo por la lengua y la escritura, sino también por las costumbres o incluso por la manera de pensar de los dos pueblos en los que habían surgido. La intención de estos poemas fue, precisamente, permitir el acercamiento y la apertura a la enseñanza del Buda.

Es primordial comprender que la palabra *suavizar* no significa de ninguna manera un intento de vulgarización, de simplificación para que el sutra fuera más fácil de comprender; no es en absoluto así.

Estos poemas permitieron la introducción de palabras sánscritas en la lengua china, después en la japonesa. Facilitaron la traducción de conceptos que solo existían en la India y que eran extraños tanto para la cultura china como para el pensamiento japonés.

Algunos conceptos sobre los que se apoyaba el *Sutra del Loto* en la India desaparecen cuando llegan a China. Por ejemplo, las nociones de pasado, presente, futuro no existían, ni tampoco lo que se llama los tres tiempos. La llegada de los textos búdicos desarrolla en China estos conceptos.

Más tarde, en la traducción del chino al japonés, se desarrollan poemas que pretenden aclarar el *Sutra del Loto*.

Como dice un conocido orientalista, «incluso si el chino es la lengua madre, la lengua hija, el japonés, no deja de emanciparse, sobre todo porque esta hija adoptiva no tiene lazos genéticos con China, así que se plantean evidentes problemas de traducción y en esa exégesis los Waka contribuyen a suavizar y permitir esa comprensión».

Me gustaría hacer un paréntesis, sobre una feliz coincidencia: ¿sabéis que, por una increíble sincronía, la traducción del *Sutra del Loto* —la de Kumarajiva del sánscrito al chino— se hizo exactamente en la misma época que la revisión de San Jerónimo de la versión latina de la Biblia, en el 406 después de Jesucristo? Existen ejemplos similares a lo largo de la Historia entre las diversas corrientes religiosas o filosóficas. Sin que existiera ninguna comunicación (eran particularmente difíciles en aquellos tiempos), surgen corrientes de pensamiento, escritos con una sorprendente simultaneidad, a veces en continentes diferentes.

El viejo proverbio, «cuando un hombre se enfría en la Amazonia, otro tose en Tokyo», adquiere así todo su sentido.

También hay otro sentido para la bella expresión, «Suavizar la propia luz»; no está lejos del anterior, es una variante.

Todos conocéis el sentido de la palabra *bodhisattva*, el ser de Despertar que vive en medio del mar del sufrimiento. Su vocación es despertar pero no para sí mismo, sino vivir en el mundo e intentar ayudar a los demás. Por eso, por extensión, al bodhisattva también se le llama, «*El que suaviza su luz para hacerse semejante al polvo*».

En esta sesión, y es lo propio de nuestra sangha, recibimos a personas que vienen a practicar de diferentes países; es, al mismo tiempo, su riqueza y su talón de Aquiles. En efecto, la dificultad es conseguir unirnos. Cada cual viene aquí con su destello, con su brillo —español, portugués, francés, quebequense, italiano. Así que, para armonizarnos, cada cual ha de suavizar algo y permitir la práctica juntos.

Sabéis, como yo, que en la sociedad en la que vivimos, lo que tiene valor es aquello que nos distingue de los demás: ser diferente es una cualidad. Aquí, precisamente, es lo contrario, aquí quien tiene valor es quien suaviza su destello. Hay una infinitud de destellos, el destello de una gran inteligencia, de una amplia cultura, el destello del medio social o, incluso, el de una humildad demasiado pronunciada, de una rugosidad ostentosa...

Durante este *Ango* en el que tantas personas se reúnen para practicar, la manera justa para encontrarse consistirá en aligerar el destello. Incluso el destello de un final de sesshin se ha de atenuar. ¿Acaso no se dice que en ese momento se han de barrer todas las huellas del satori?

Lo que mejor podemos hacer, creo, es adoptar las formas de los Grandes Antiguos.

Recuerdo que en 1985 me operé del menisco. Antes de la anestesia te dan un calmante bastante fuerte. Acabábamos de editar un breve fascículo sobre los comentarios de Kôdô Sawaki al *Shôdôka*. Me lo llevé a la clínica. Lo estaba leyendo pero se me caían los párpados y, luchando contra el sueño, releía sin cesar la misma frase como un mantra: «Poned vuestros pasos en las huellas que han dejado los antiguos Patriarcas.» Duró mucho tiempo, terminé por hundirme en la noche. Después veo al cirujano y le pregunto: ¿Cuándo va a empezar? Él me contesta: Ya hemos acabado.

Suavizar la propia luz no es querer crear las propias huellas. Al querer crear las propias huellas, sin duda se obtiene algo, pero ese algo es muy poca cosa y, sobre todo, se puede contabilizar. Sin embargo, al poner simplemente los propios pasos en las huellas de los Patriarcas, igual que Sekito en su choza, se obtiene todo el universo. Sin pretender crear el propio estilo.

En la actualidad se habla mucho de las diferentes sanghas que cada uno sigue a un enseñante diferente; estas sanghas son como el kesa. Todos llevamos aquí un kesa, los monjes y monjas, han elegido la tela, lo han cosido, lo visten y, sin embargo, nunca será totalmente propiedad particular, en el sentido de que cada kesa es la pieza de un kesa mucho más grande, cuyas tiras y cuadraditos se extienden hasta el infinito. Así ocurre, creo yo, con las diferentes sanghas. Suavizar la propia luz para fundirse y confundirse con el polvo.

A menudo he contado la historia del sinólogo Simon Leys que, hablando de la caligrafía en China, decía que cuando se aprende caligrafía uno solo imita a los antiguos, a Confucio y a los grandes calígrafos de los tiempos pasados. Nunca se pretende crear el propio estilo, la propia forma. Fabienne Verdier en su libro lo cuenta muy acertadamente. Solo imita, imita. Al final uno imita, imita, imita y se olvida uno mismo y lo que queda, eso que no se ve con los ojos sin más, en China se llama «la Huella del corazón».

Con el kesa ocurre lo mismo que con la caligrafía. Se cose un punto y coser ese punto es poner la aguja en las huellas dejadas por aquellos que nos han precedido. Fundirse en los puntos de los tiempos pasados, como todos esos monjes que se han deslizado en huellas más antiguas, como los copistas medievales que reproducían textos más antiguos en los que cada uno escribía una nueva historia en una historia más antigua, como un espejo que se refleja en un espejo y así hasta el infinito, como escribir el poema inefable de la vida, como las palabras grabadas en las nervaduras de un hoja o en el resplandor de los acontecimientos.

Así es nuestra práctica, somos más receptáculo que creador; receptáculo de una historia más antigua en la que cada cual se desliza silenciosamente y encuentra naturalmente su lugar, ese lugar que se adapta a las formas de nuestro cuerpo, de nuestra vida.

Se cuenta que Bodhidharma mantuvo un día un mondô con alguien que se llamaba Shusso. Por supuesto, Bodhidharma pronunció la última palabra. La leyenda dice que unas nubes surgieron bajo los pies de Bodhidharma y se lo llevaron. Significa esto que nada lo ataba, y cuando nada nos ata podemos ser libres.

Se atribuye esta preciosa frase a Leonardo da Vinci:

«El agua de los ríos que tocas es la última de la que vino y la primera de la que viene.»

Ese punto de equilibrio entre lo que vino y lo que viene posee al mismo tiempo la firmeza de la huella de los antiguos Patriarcas y la ligereza de Bodhidharma al que se llevan las nubes, como *kin hin*, es a la vez muy fuerte y al mismo tiempo muy ligero.

Nuestro templo, este, se llama Seikyujji, «el Templo de la Antigua Pureza» y hace referencia al pequeño templo del Maestro Deshimaru en Japón.

A veces el nombre crea el lugar, la toponimia, el nombre de un lugar no está atado de forma irreversible a un sitio, es transformable; el nombre creado lleva consigo la sacralidad o el prestigio del lugar. Por ejemplo, cerca de Kioto hay un monte que se llama el monte Ie, «la Montaña de las Águilas». En la India existe el Pico del Buitre, lugar en el que Shâkyamuni predicó, como se canta en la segunda frase del *Busho Kabila*: Enseñó en Makada. En el monte Ie, cerca de Kioto, se encuentra el mayor templo Tendai y, por ello, se pone en relación el centro del Tendai con el Pico del Buitre de la India: la «Montaña de las Águilas» con el Pico del Buitre, la Montaña Sagrada de las Águilas.

A este respecto, un erudito orientalista utiliza una imagen que considero muy bella, habla de los «topónimos en estado de ingravidez». Los que pueden cambiar de lugar, de siglo. Por eso el topónimo tiene un nexo con cierto número de lugares, como Seikyujji, en estado de ingravidez.

Por eso por lo que veo, o mejor dicho por lo que siento, los lazos de Seikyují en la provincia de Nagano en Japón, lugar en el que estuve con Sensei, y el Seikyují plantado en esta tierra agrícola, en medio de los campos de olivos, cerca de Morón de la Frontera, están en relación, son topónimos en estado de ingravidez, como huellas de los antiguos Patriarcas.

Hace algunos años hicimos un viaje a Japón, nos detuvimos en ese templo, lo limpiamos, hicimos una ceremonia, fue un momento muy importante para mí. En la palabra ingravidez está la delicada evocación del hecho de suavizar, no apegarse, como la frase de Wanshi: «*Aproximarse sin tocar el objeto*».

Durante ese mismo viaje, en nuestro paso por Eihei-ji, conocimos al hijo de Shunryu Suzuki y pasamos una hora con él. Una monja de nuestra sangha le habló de nuestros árboles, aún tan jóvenes y tan delicados comparados con aquellos inmensos e imponentes de ese gran templo. Suzuki Roshi le dijo que no olvidara los árboles de aquel templo para así crear un lazo entre los árboles jóvenes de nuestro templo y aquellos majestuosos de ese viejo monasterio.

Por el poder de ese suavizar, de ese tejer, estos lugares pueden fundirse en una nueva tierra, adaptar sus formas, adoptar sus costumbres, sin por ello perder su esencia.

De la misma manera que al leer al maestro Dōgen, o a otros maestros, puede conmovernos un texto cuyas palabras vienen de tan lejos, que han atravesado siglos y continentes, palabras en ingravidez suavizadas por las repeticiones, por las traducciones, por esa trituración a lo largo de muchos siglos. Esa fricción que ha atravesado los tiempos los ha enriquecido tanto como suavizado. ¿Acaso no hay un nexo con lo que se llama la suavidad de la abuela, de la anciana?

Sensei nos lo decía a menudo: «*Seguramente un día devolveréis a Japón lo que allá ya no existe.*»

Evidentemente las cosas no son tan sencillas. Si algo se ha perdido en Japón, no por ello es menos verdad que allá sigue habiendo grandes maestros y grandes practicantes de la Vía y que tenemos mucho que aprender de ellos. De cualquiera de las maneras, las palabras de Sensei tampoco son falsas.

Nuestro templo tiene un nexo con aquel lejano Seikyují, allá, en medio de los arrozales y aquí, en medio de los campos de olivos. Me gusta imaginar que aquel Seikyují tenía también un nexo con otro Seikyují que no conozco, pero con el que me gusta soñar.

Así se transmiten las cosas, se perpetúan, se transforman y se suavizan silenciosamente.

Me gustaría concluir con un breve poema, muy bello. Su título: *La colección de joyas recogidas*. Dice:
*Rastrillando algas, he añadido todas las joyas abandonadas,
En la playa de Waka y que he recogido.*